

Esto era un matrimonio que llevaba muchos años sin tener hijos. Por fin tuvieron una hija, pero la madre murió en el parto. Antes de morir, le dijo a su marido que nunca se volviera a casar si no era con una como ella.

Pasó el tiempo y la niña se fue haciendo cada vez mayor y poniéndose cada vez más guapa y más parecida a su madre. De tal manera que el padre se enamoró de la hija y, como su mujer le había dicho que no se casara sino con una que se pareciese a ella, fue y le dijo a su hija que se tenía que casar con él.

La niña fue y le contó a una vecina lo que le había dicho su padre, y la vecina le dijo:

—Dile a tu padre que te casarás con él si te trae tres vestidos: uno de sol, otro de luna y otro de estrellas.

Así lo hizo la niña. El padre quedó conforme y salió de viaje en busca de los tres trajes. Anduvo por todas partes, pero sin poder encontrarlos como su hija se los había pedido. Un día se encontró con el diablo por un camino y le contó lo que le pasaba. Entonces dijo el diablo:

—Yo te daré esos trajes, a condición de que tu alma sea mía cuando mueras.

El hombre aceptó el trato. Recibió los tres trajes y se los llevó a su hija. Y como ya había cumplido lo que ésta le había pedido, iban a arreglar la boda. Pero la hija volvió a consultar con la vecina y ésta le aconsejó que huyera al monte y que ella la acompañaría. Y así, sin que nadie la viera, se escaparon de la casa y se fueron al monte. Pero la vecina dejó sola a la niña y se volvió a casa.

Después de mucho andar, llegó la niña a la choza de unos pastores. Les pidió ropa de pastora y rascándose el pecho y los brazos siguió camino adelante. Un día llegó a un palacio, llamó a la puerta y pidió por favor que la recogieran como criada. Como les dio lástima por lo andrajosa que iba, le dijeron que sí, le preguntaron cómo se llamaba y ella dijo que Juana. Y así entró de criada en el palacio.

Una vez iban a dar una fiesta muy grande, de tres días, para que el príncipe pudiera escoger novia. Juana pidió permiso para ir al baile. Cuando llegó la primera noche, se fue a su habitación, se quitó la ropa de pastora y se puso el traje de sol que le había regalado su padre. Cuando entró en el baile, el hijo del rey se fijó en ella y la sacó a bailar. Estuvo bailando con ella toda la noche sin hacerles caso a las demás, que se morían de envidia. El hijo del rey se enamoró de Juana, la llevó a la mesa a comer y le

regaló un anillo de oro. Pero a las tres de la madrugada dijo ella que se tenía que ir y que la esperara un momento en la puerta del palacio. Entonces, como ella vivía en el mismo palacio, se fue por dentro hasta la cocina sin que nadie la viera. Se puso otra vez los andrajos y al día siguiente le dijo a la reina en la cocina:

—¿A que no sabe usted, señora, lo que pasó anoche en la fiesta?

—¿Qué pasó? —preguntó la reina.

—Pues que el príncipe estuvo toda la noche bailando con una princesa muy guapa que vestía un traje de sol, comió con ella y le regaló un anillo.

—¿Y de dónde era esa princesa?

—Nadie lo sabe —contestó Juana—. De madrugada se fue corriendo del baile sin que nadie la viera y nadie sabe nada de ella.

La reina fue y le preguntó a su hijo si era verdad lo que decía Juana, y él contestó que sí.

La segunda noche de la fiesta el príncipe estaba deseando volver a ver a la joven. Por fin apareció Juana, que esta vez se había puesto el traje de luna. Al príncipe le pareció todavía más guapa que la noche anterior y más se enamoró de ella. Otra vez estuvieron bailando toda la noche, pero a las tres de la madrugada Juana desapareció lo mismo que la noche anterior.

Al día siguiente le contó a la reina lo que había pasado y la reina volvió a consultar con su hijo. Éste le dijo que era verdad, pero estaba muy triste.

A la tercera noche Juana se puso el traje de estrellas para ir al baile y volvió a ocurrir como las otras veces. Pero el príncipe la había visto tan guapa y tan enamorado estaba de ella, que al día siguiente cayó enfermo en la cama. No quería ver a nadie y ni comía ni nada. Por fin, después de mucho insistirle su madre, dijo que le apetecía comerse un pastel. La reina bajó corriendo a la cocina para hacérselo, pero Juana le dijo:

—Si usted quiere, señora, yo puedo hacérselo, que los sé hacer muy bien.

—¿Tú, so andrajosa? —contestó la reina—. ¿Cómo vas a hacerle tú un pastel al príncipe?

—Señora, déjeme usted, que no se arrepentirá.

Aceptó la reina y Juana se puso a preparar el pastel. Sin que se diera cuenta, puso dentro de la masa el anillo que el príncipe le había regalado la primera noche. Metió la

masa en el horno y, cuando estuvo hecho el pastel, la propia reina se quedó complacida. Pero, mientras subía a la habitación del príncipe, pensó mejor decirle que lo había hecho ella, no fuera a darle asco de Juana.

Nada más cortar el pastel, el príncipe se encontró el anillo de oro y dijo:

—Madre, dígame usted la verdad. ¿Quién ha hecho este pastel?

Y la madre no tuvo más remedio que decírselo:

—Ha sido Juana, hijo mío, la criada de la cocina.

El príncipe mandó que la trajeran inmediatamente, pero ya Juana se había puesto su traje de estrellas y se presentó en la habitación. El príncipe la reconoció y en seguida se puso bueno. Le pidió que se casara con él, y se casaron y fueron felices.

Y colorín colorao, este cuento se ha acabado.